

RECONOCIMIENTO

Serie Documentos Especiales - Cuadernos de Sexualidad
Viceministerio de la Juventud - Ministerio de Educación Nacional
Proyecto Nacional de Educación Sexual
Colombia, Agosto de 1995

Nelssy Bonilla Bejarano
Psicóloga Clínica, Sexóloga y
Presidenta de la Sociedad Colombiana de Sexología

ÍNDICE

Prefacio	3
Reconozco mi singularidad	4
Hombres y mujeres, anatomía sexual	5
Cromosomas y genes	6
Hormonas	7
Somos diferentes pero no desiguales	7
Desarrollo físico y personal	9
La interacción como proceso de reconocimiento	10
Las familias son diferentes y únicas	13
Acontecimientos importantes en la familia	16
Las cosas mías, las de otras personas y las de todos	19
Aprender a respetarnos. La amistad.	21

RECONOCIMIENTO

PREFACIO

Un aspecto fundamental para apoyar a las alumnas y los alumnos en su propia valoración como personas está relacionado con el «reconocimiento» de su pertenencia a un sexo u otro.

La igualdad en las potencialidades, derechos, acceso a las oportunidades y todas las alternativas que constituyan el reconocimiento de nuestras condiciones personales y sociales en forma equitativa, son elementos de desarrollo personal que permiten reafirmar la identidad, la autonomía y la proyección propia en todos los niveles. Y esto incluye el reconocimiento como persona, como ser social y sexual.

¿Cuántas condiciones y capacidades se niegan a las personas en el proceso de socialización, por el hecho de ser hombres o mujeres? La integración forzosa a los rígidos modelos sexuales estereotipados llegan a minimizar y a negar la realidad individual y las condiciones naturales de las personas, para incluirlas en esquemas socioculturales que entran en conflicto con las necesidades y proyecciones propias. Esa especie de mutilación, de negación, lleva a que la realidad de lo que cada quien siente como parte de su identidad se deforme y deba «modelarse» con patrones que no corresponden ni a la visión de sí misma o sí mismo ni a sus necesidades, fantasías o expectativas.

¿De qué modo fomentan la escuela y la presión socio-familiar estas situaciones? ¿Cómo podríamos prevenir esas condiciones y contribuir a crear valores que inviten a la propia aceptación y al reconocimiento personal, familiar, social, que dignifiquen nuestra realidad y la promuevan satisfactoriamente? ¿Cómo aceptarnos si no nos reconocemos? ¿Cómo lograrlo?

Las condiciones propias de nuestra existencia, como la pertenencia a un sexo, la fisonomía, el momento histórico en que nos encontramos, la raza, las condiciones personales, se convierten en eventos omnipresentes que influyen en nuestra forma de movernos en el mundo; sin embargo, no determinan nuestra libertad; sólo constituyen un hecho que debe reconocerse para construir a partir de él. Y éste es justamente el papel que jugamos como educadoras y educadores de la sexualidad.

Es decir, posibilitar que cada cual se reconozca, se acepte, se asuma para que, a partir de su realidad, construya su propia existencia, aun por encima de esas condiciones omnipresentes que la influyen pero que no la determinan.

El papel que estamos asumiendo como facilitadoras y facilitadores del crecimiento y desarrollo personal a través de la educación de la sexualidad, incluye no sólo aceptarnos y reconocernos como seres sexuados, hombres y mujeres, sino como personas sexuales, con capacidad de sentimiento, de goce, de comunicación, de interrelaciones enriquecedoras, ¡con capacidad de amar! Debe ser una educación para seres concretos con diferencias individuales que nos tornan únicas y únicos.

RECONOZCO MI SINGULARIDAD

¿De qué hiciste mi corazón, naturaleza?

*¿Qué es lo que ocurre contigo, naturaleza,
que te entretienes bordando, creando, pintando,
combinando colores, formas, tonos y sonidos,
y deleitas en rasgos, perfiles y aromas?
Mi piel y mis formas, ¿de dónde las tomaste?
¿Cómo es que mezclaste los sabores, la música,
que me hiciste así, con este cuerpo que amo
y con esta capacidad de sentirte, de mirarte?
¡Ay! ¿Pero con qué fue que combinaste mi corazón,
que se me escapa en vapores por mis poros?
-Nelssy Bonilla B.-*

Todos los países que han logrado superar los confines del subdesarrollo a lo largo del siglo XX han tenido en la educación de sus pueblos la herramienta clave para cumplir esa meta. En el mundo contemporáneo, la capacidad de producir riqueza está estrechamente vinculada a la ciencia y la tecnología; a la capacidad de innovar y aprovechar adecuadamente la competitividad de cada región, de acuerdo con sus recursos y singularidades. Esto exige la presencia de un sistema educativo capaz de formar personas que, en condiciones ideales, además de un nivel sólido y útil de conocimientos, tengan una percepción crítica del universo y sean creativas.

¿Cómo puede y debe contribuir un establecimiento educativo urbano o rural al logro de este objetivo? Los expertos y expertas en el tema formulan múltiples opciones y estrategias, pero una que cabe a todos los ambientes y que está en la base del proceso consiste en asociarse al estímulo permanente del desarrollo psicológico de las alumnas y los alumnos, relativo a la autonomía, al reconocimiento, la aceptación y comprensión de sí mismas/os.

Desde el inicio de la escolarización, las alumnas y alumnos deben conocer su identidad diferenciada e individual para que puedan valorar su legado común, las posibilidades físicas y humanas de su entorno, las características fundamentales de su raza; al conocer sus propias cualidades, límites y habilidades pueden seguir construyendo y fortaleciendo dicha identidad. Es tarea de la escuela no sólo favorecer la formación de habilidades cognitivas, sociales y emocionales, sino integrarlas a la unidad individual e indivisible y autónoma que es cada individuo.

En nuestro ambiente, afectado en numerosos sectores de población por sexismo y discriminación, también tiene mucha importancia la percepción que tenga la escuela de los roles sexuales. En concreto, que la escuela trate de modo diferente a niños y niñas o promueva experiencias educativas en función de su sexo, tiene importantes implicaciones en el desarrollo de habilidades, comportamientos y actitudes de las personas y por esa vía también de la

sociedad. El sistema educativo incide de diversas maneras en las dificultades que los hombres y particularmente las mujeres puedan sufrir en su vida posterior. Un ejemplo de ello lo plantea Sara Delamont, quien afirma que la escuela no sólo se limita a transmitir patrones y roles sexuales tradicionales, sino que exagera y amplifica tales distinciones actuando como fuerza conservadora de los estereotipos sexistas, por la que las mujeres sufren una discriminación mayor que la que se da en otros ámbitos.

Hombres y mujeres, anatomía sexual

¿Cómo es que existen tantas personas y todas son tan diferentes? Hay gente negra, blanca, mestiza, amarilla, de cabello oscuro, rubio, castaño o pelirrojo, con ojos azules, verdes, negros, grises. ¿De dónde salen tantas y tantas diferencias?

Al abordar este tema aparece ante todo un concepto elemental para las personas adultas, pero que no siempre es fácil de explicar con claridad y paciencia a niños y niñas: no existen dos seres humanos idénticos. Mantenemos similitudes pues pertenecemos a una misma especie, nacimos en el mismo país y nos irradia la misma cultura. Pero existen diferencias genéticas que determinan las características y comportamientos singulares, y hacen que cada persona sea única, distinta de las demás e irrepetible. Nos formamos y nacemos diferentes, con características físicas individuales que nos hacen reconocernos como seres únicos y como hombres o mujeres. Esta diferencia sexual se remite a la información sobre nuestro sexo que aportaron el óvulo de la madre y el espermatozoide del padre.

El análisis de las divergencias y similitudes entre los sexos relativo a las características físicas, requiere que entendamos algunos fenómenos fisiológicos y anatómicos y que los diferenciamos de lo que es propio del ambiente en donde nos desarrollamos (la cultura).

Al momento de nacer, mujeres y hombres somos muy similares. Lo que permite distinguir a unas de los otros es la forma de los órganos sexuales. Si somos hombres tenemos pene y testículos; y si somos mujeres tenemos vulva, clítoris, vagina. Este es nuestro sexo; es decir, las características que nos diferencian como hombres y mujeres. Por eso se dice que nacemos como seres sexuados, con un sexo. Igualmente nacemos como seres sexuales, con capacidad de goce, de sensaciones gratificantes a las que vamos otorgando significados y que son fuente de comunicación afectiva.

Los instrumentos básicos que tenemos los seres humanos para conocer el mundo que nos rodea son los sentidos. Nuestras experiencias sensoriales aportan placer o disgusto. Esto, a su vez, frecuentemente determina nuestros comportamientos; nos inclinamos a actuar con base en las experiencias de agrado o disgusto que hayamos vivido. Una gran sensación placentera, que todos los seres humanos experimentamos en alguna etapa de nuestra vida, consiste en recibir o dar afecto. El deseo de afecto está presente durante toda la vida, aunque cambia progresivamente la forma de expresarlo y de recibirlo y se conciben en forma diversa las experiencias de placer a medida que la persona crece.

Los gustos y las afinidades determinan en todas las edades el vigor de las aproximaciones entre los seres humanos. Ese criterio fundamenta la selección que hacen los niños y las niñas de sus amigos y amigas, con quienes tienen gestos afectuosos y de quienes esperan recibir estimación, confianza y afecto. Y es la puerta de entrada para hacerles comprender por qué dos personas se eligen mutuamente y cómo un sentimiento de amistad puede convertirse en amor, motivarlas a permanecer juntas, a desarrollar actividades comunes, a intercambiar palabras y manifestaciones afectuosas y a mantener relaciones sexuales para comunicar sus emociones del modo más intenso y directo.

Cromosomas y genes

Recordemos que tras la unión del espermatozoide y el óvulo se forma una nueva célula, que es el punto de partida del nuevo ser humano. Esa célula se llama «cigoto»; se anida en el útero de la mujer y contiene todas las características genéticas transmitidas por el padre y la madre al nuevo ser en formación. El cigoto se divide en dos células idénticas, que a su vez se dividen en cuatro, ocho, dieciséis, etc.

Cada célula reproductora del padre y la madre contiene toda la información respectiva que han aportado él y ella, de su ser físico, y que nos transmiten como herencia. El óvulo y el espermatozoide tienen su propia información y la aportan por mitades al nuevo ser. Cada célula tiene su núcleo y en él están los cromosomas, pequeñísimos componentes de la célula que contienen sustancias químicas conocidas como «genes». En el espermatozoide hay 23 cromosomas y en cada óvulo hay otros 23. De esos 23 cromosomas que tiene cada célula reproductora, uno lleva la información genética y es el que determina el sexo del futuro ser. La conformación sexual genética del hombre es XY y la de la mujer XX. Por tanto, algunos espermatozoides serán X o Y; en cambio, todos los óvulos son X.

Si el cromosoma aportado por el espermatozoide del padre era X, al unirse con el X del óvulo de la madre se produce la información genética para que se forme una niña; en cambio, si el cromosoma aportado en el espermatozoide era Y, al unirse con el X del óvulo proporciona la información genética para que se forme un niño.

Esto ocurre al azar, sin manipulación posible de ninguna persona, puesto que no se les puede ordenar nada a las células reproductoras, ni el padre y la madre se dan cuenta de cuáles fueron los cromosomas que se encontraron. Por ello, siempre es una sorpresa conocer el sexo del futuro hijo o hija antes de nacer (aunque la tecnología actual lo permite a través de recursos como las ecografías).

Cuando el óvulo y el espermatozoide se unen en la fecundación, la nueva célula contiene 46 cromosomas organizados en pares de 2 en 2, llenos de miles de genes que determinarán las singularidades de cada quien. Hay que considerar que todo ser humano es complejo y además de su diferencia sexual se presenta diversidad en el color de cabello, piel y ojos y en el carácter y la personalidad. Estas particularidades hacen que en definitiva todos los seres humanos seamos diferentes. Aun siendo una célula microscópica tenemos ya esa condición de ser particulares, de ser únicas y únicos. La responsable de todo esto es la herencia.

Hormonas

Las hormonas son sustancias químicas producidas en las glándulas. Antes del nacimiento, el pequeño embrión, que luego será un ser humano, desarrolla ciertas hormonas fundamentales que hacen posible la diferenciación sexual. Aproximadamente hasta la sexta semana de embarazo, mujeres y hombres somos iguales en el útero; sólo después de esta época se marcan las diferencias al producirse las hormonas que van haciendo distintos a los fetos masculinos.

A medida que nos desarrollamos, en nuestro cerebro se forma el «hipotálamo», encargado de ordenar a la glándula «pituitaria» que funcione cuando llegamos a la «pubertad» (aproximadamente entre los 10 y 12 años), produciendo las hormonas que van a posibilitar los cambios en nuestros cuerpos.

Somos diferentes pero no desiguales

Hechas las anteriores consideraciones, podemos afirmar que somos iguales en tanto seres humanos que nacemos con potencialidades comunes, bajo las mismas condiciones genéticas y cromosómicas. Pero también «somos diferentes» por la particularidad que significa la información recibida de los genes de nuestro padre y nuestra madre biológicos y por la herencia privada que nos tocó al azar en el proceso reproductivo.

La herencia hace que en diferentes razas y grupos humanos específicos unos rasgos físicos predominen sobre otros; hay razas como la nuestra en la que predominan los ojos oscuros, pues los genes que contienen esa información se imponen sobre los que traen el color azul. Así podríamos seguir examinando otras características heredadas. Si damos un vistazo a toda nuestra familia, abuelos y abuelas, tíos y tías, hermanas y hermanos, etc., podremos reconocer algunos rasgos físicos comunes (dominantes) y otros menos comunes (recesivos).

Los miles de genes contenidos en los cromosomas transportan toda la información del padre y la madre necesaria para formar un nuevo ser humano, pero no contienen ningún otro dato sobre sus gustos, formas de ser y de pensar, aficiones, preferencias futuras, forma de trabajar, ni la profesión que elegirá. Todas estas características forman parte del proceso de aprendizaje y socialización y consolidan el desarrollo de nuestra personalidad.

El término «personalidad» se refiere al carácter distintivo de una persona, que influye en su comportamiento y que se convierte en la base de sus rasgos característicos, de su forma de ser y se moldea desde muy temprana edad, dependiendo de las experiencias y aspectos sociofamiliares propios de nuestra cultura.

En nuestra sociedad, mujeres y hombres tenemos diferentes roles sexuales y, por ende, se espera de cada sexo comportamientos y formas de ser diferentes. Desde muy temprano se hace énfasis en determinados estímulos y se promueven o no oportunidades de acuerdo con el sexo. En general, nuestro comportamiento no es producto de un aspecto biológico sino sociocultural (relativismo sociocultural). Lo que la cultura promueve o limita se convierte en fundamento para el desarrollo personal de hombres y mujeres, proporciona ideas acerca de quiénes somos y nos

posibilita desarrollar sentimientos ante la forma como nos juzgamos o como se nos valora o rechaza.

En las primeras etapas del desarrollo, los sentimientos de estima tienen una fuente externa (la gente que nos rodea y particularmente el padre y la madre); pero a medida que la persona va consolidando su personalidad, desarrolla fuentes internas de valor personal.

La fuente más enriquecedora para la construcción de bases positivas en nuestro concepto y autoestima, nace de la aceptación incondicional de nuestras potencialidades, independientemente del sexo y la raza. El hecho de que se nos acepte como somos, diferentes de otras personas y respetándonos en las diferencias, ofrece oportunidades de reconocimiento que superan las presiones socioculturales.

Nuestra forma de pensar, de sentir, de ser, de relacionarnos, nuestros rasgos personales y características no se heredan; se aprenden desde tan temprana edad que a veces se cree que son heredados. Sólo se heredan los rasgos anatómicos; la personalidad se construye, se aprende.

Dentro de la construcción de la personalidad, es necesario destacar las diferencias entre unas personas y otras, que se expresan también en gustos, habilidades, cualidades y capacidades. Tal diversidad se constituye en riqueza de la convivencia, pues es a partir de ella como podemos relacionarnos con otras personas de una manera placentera y sana, respetando la singularidad de cada una. Así, el reconocimiento de las diferencias estará siempre presente en la vida de cada comunidad.

Desde muy temprana edad, la percepción en cuanto a las diferencias del color de la piel son evidentes para niños y niñas, así como también las de sexo; sin embargo, esta percepción no incluye necesariamente juicios de valor; sólo sus inquietudes espontáneas y propias del interés por conocer. Los prejuicios raciales y sexistas se van construyendo en la medida en que esas diferencias dan lugar a que las personas sean consideradas de modo diferente y jerárquico por la cultura y el grupo social. Es sencillo manifestar que las diferencias de raza, piel, rasgos, estatura, no nos hacen ni mejores ni peores que otras personas, pero hay muchas que se niegan a aceptar que cada persona es valiosa como ser humano.

Clasificar a la gente como mejor o peor de acuerdo con su raza, rasgos y color de piel se conoce como «racismo»; clasificarla como mejor o peor de acuerdo con su sexo se denomina «sexismo». Estas visiones han hecho muchísimo daño a la humanidad, porque son fuente de discriminación o de negación de los derechos humanos, de manipulación, desigualdad y maltrato para muchas personas. Otras formas de discriminación provienen de creencias religiosas y políticas, de condiciones sociales económicas y socioculturales, discapacidades o impedimentos físicos y del desarrollo mental.

Una educación para el desarrollo y la libertad debe fomentar desde el inicio en los alumnos y las alumnas la idea de que las diferencias de cualquier índole, y particularmente las de sexo, no determinan ni significan cualidades de superioridad ni de inferioridad y que todas las personas debemos luchar contra cualquier tipo de discriminación porque ella atenta contra nuestra integridad, nuestros derechos y nuestra condición humana. Igualmente, debe promover el

patriotismo, la solidaridad, la responsabilidad social y la conciencia clara y permanente de que el futuro de nuestro país depende fundamentalmente de la orientación y la calidad que demos a nuestro trabajo.

Desarrollo físico y personal

En el proceso evolutivo también tienen enorme importancia sobre la construcción de la personalidad los cambios físicos, que son concomitantes con los emocionales en el proceso de definición y autoafirmación. Unidos a los cambios de tipo social, demandan nuevas relaciones y responsabilidades.

Ante todo, los cambios físicos exigen de las personas una permanente «redefinición» de lo que son; a medida que pasan los años, cada quien va aprendiendo de sus experiencias. Por eso es importante que, por ejemplo, en el momento del baño diario las personas adultas estimulen el aprendizaje en los niños y las niñas para reconocer y valorar su cuerpo; que les hablen de las diferencias entre los sexos y respondan sus preguntas al respecto enseñándoles los nombres correspondientes.

Abordar nuestra realidad como hombres y mujeres significa no sólo aprender de las diferencias del sexo y de la reproducción; también abarca el valor dado a nuestra capacidad de sentir placer y a la diversidad de expresiones ligadas al aprendizaje. Si los niños y las niñas crecen con la idea de que estos son temas «indecentes», tendrán segmentada su realidad. Su piel, su cuerpo y en particular sus genitales son fuente de placer, de sensaciones agradables, y este hecho certifica permanentemente su experiencia personal al tocar su cuerpo y sus genitales. Las personas mayores debemos brindarles seguridad y convencerles de que esto no les ocurre sólo a ellos y ellas. Permitir la expresión espontánea de sus inquietudes es fundamental para el aprendizaje sobre ellas y ellos mismos y para su reconocimiento. ¿Cuántas y cuántos de nosotros no crecimos con la idea inquietante de saber si éramos como otras personas de nuestro sexo, con fantasías y temores acerca de las diferencias?

Es frecuente que muchas personas adultas no se sientan cómodas hablando de estos temas. Lo ideal es no sentirse forzadas/os, pero sí aceptar ante una/o misma/o la existencia de limitaciones, como paso previo a la búsqueda de nuevos elementos para aprender más acerca de una/o misma/o y su sexualidad. Es necesario abrir espacios para hablar sobre lo que somos integralmente y tomarnos un tiempo para realizar el propio aprendizaje.

En todas las circunstancias hay que tener presente que el reconocimiento y la valoración de nuestros cuerpos posibilita mayor seguridad, amplía nuestro campo de expresión, permite apropiarnos de nuestra realidad y ser más libres y auténticas/os. Reconocer nuestro cuerpo nos posibilita una relación total con lo que somos. La imagen mental que cada quien tenga de su cuerpo va unida a cómo se siente consigo misma/o. Mi cuerpo «dice de mí», «habla de mí», transmite mi autoimagen y hace pública mi estima, mi seguridad personal y autoconfianza. Parte de estar a gusto es sentirnos atractivas/os, vernos bien y, aunque esto depende también de valores culturales, la selección de la ropa y el atuendo también dice mucho de lo que somos.

Igualmente, podemos no estar a gusto con alguna o algunas partes de nuestro cuerpo, pero ello no debe constituir un problema ni impedir una excelente relación interpersonal en el plano afectivo y especialmente en el espacio amoroso y sexual. Hay que reconocer la gran influencia de los paradigmas estéticos culturales que venden la imagen de la mujer perfecta o el hombre perfecto y especialmente en lo relacionado con los estereotipos de la moda y otros elementos de consumo.

Padres y madres, maestras y maestros, debemos ser conscientes de esta negativa influencia cultural, para enseñarles a aquellos niños, niñas y adolescentes que en ocasiones se dejan llevar por estos modelos sociales, que son seres humanos con características corporales y valores atractivos ante la mirada de otra persona; que lo importante no es tanto el patrón estético dominante sino las características propias surgidas del reconocimiento, la aceptación y valoración de la diferencia.

Es deseable que los seres humanos desarrollen conciencia de lo que pueden comunicar con cada parte de su cuerpo y saber si la forma como manifiestan su unicidad está limitada por las expectativas y el aprendizaje social como hombres y mujeres.

Todas las sociedades, a través de los roles sexuales selecciona actividades propias para cada sexo, lo cual es apenas normal. Debemos oponernos a aquellos que inhiben y frenan el desarrollo pleno de la persona sólo por su sexo. En esta dinámica requieren especial atención las emociones, sentimientos, deseos, necesidades, dudas, etc., que no son ni masculinas ni femeninas; son humanas, y por ese mismo hecho debemos hacerlas respetar cuando las experimentamos. Nadie es menos hombre ni más mujer por negar sus emociones. Las características emocionales negadas afectan la relación con nosotros mismos, con nosotras mismas. Asumirlas en vez de reprimirlas también facilita valorarnos y reconocernos como personas, independientemente del sexo al que pertenezcamos.

LA INTERACCIÓN COMO PROCESO DE RECONOCIMIENTO

Hay muchas personas que confunden sexo y género. «Sexo» es un término que se refiere a lo biológico: somos hombres o mujeres dependiendo de nuestros cromosomas, genes y hormonas, que permiten el desarrollo de órganos sexuales diferentes para cada sexo. «Género» es, en cambio, un término psicosocial referido a los sentimientos culturales y subjetivos de masculinidad o femineidad, lo que incluye la evaluación de la conducta como femenina o masculina (identidad de género, rol de género). El rol hace referencia a una posición determinada de la persona en un contexto social, en el que se espera que asuma un comportamiento específico, según sea hombre o mujer.

Aun en los casos recientes de nacimiento mediante fecundación *in vitro* y otras formas de manipulación genética, todos los seres humanos somos producto del encuentro de una pareja. Lo mismo que los destinos individuales, los de las parejas son múltiples e impredecibles. De todas maneras, exista o no convivencia o armonía entre el padre y la madre, dada la dependencia de los/as infantes respecto a las personas adultas, es inexorable que el padre, la madre, la pareja y

los adultos y los niños y niñas presentes en su entorno sean quienes aportan los elementos básicos e indispensables a su desarrollo físico e intelectual.

Aunque con mucho menos frecuencia que en el pasado, en el presente hay personas que se basan en lo biológico para formular conceptos y expectativas sobre los comportamientos, habilidades, sentimientos, capacidad de amar y hasta la proyección futura, basadas únicamente en el sexo. Antes y ahora, esas ideas y generalizaciones rígidas han limitado la capacidad de las personas, sus vivencias y su desarrollo personal, pues muchas veces esos estereotipos incluyen ideas negativas que favorecen la discriminación entre los sexos, crean imágenes de superioridad e inferioridad y niegan las potencialidades particulares. Los estereotipos se convierten en estos casos en factores negativos que no permiten el reconocimiento personal ni el de la pareja. En muchos hogares desde muy temprano (y a veces antes de que nazca la criatura) se emiten generalizaciones sin fundamento acerca del comportamiento y las diferencias emocionales entre hombres y mujeres. Es el caso de personas mayores que, por ejemplo, ante una pequeña niña que habla con sus amiguitos y hace comentarios divertidos afirman: «¡Al fin mujer; no se puede mantener sin hablar!» O ante un chico que ha peleado con otro, el tío comenta con una sonrisa: «¡Bueno, es que es todo un varón!»

Hay quienes suponen que los hombres son más activos, agresivos e indisciplinados y las mujeres más emocionales, conversadoras y pasivas. Y es tal la fuerza que alcanzan estas expectativas sociales en algunos ambientes, que cuando se habla del otro sexo es como si hombres y mujeres fuéramos diametralmente diferentes, no sólo en cuanto al sexo sino en la forma de sentir, de comportarnos, de emocionarnos, de trascender. No hay sexo superior ni opuesto; simplemente son diferentes. A propósito, recordamos aquella anécdota del niño que en forma muy solemne le pregunta a su maestra: «Dígame, señorita, ¿cuál es el sexo opuesto?»

En muchas sociedades y países hay enormes diferencias en relación con las expectativas laborales para hombres y mujeres. Existen trabajos que se ven socialmente como «aptos» para hombres, o para mujeres; los empleos mejor remunerados o de mayor responsabilidad se otorgan casi exclusivamente a varones e incluso, para evitar sobrecostos que se producen por las licencias y demás prestaciones como la maternidad, muchas empresas asumen la política de contratar sólo hombres, así dispongan de mujeres tanto o más idóneas que ellos para realizar el trabajo. Este tipo de discriminación tiene unos de sus más antiguos y críticos extremos en la política y la religión. La mayor parte de las posiciones de mando en los países del mundo es desempeñada por hombres. Y con excepción de la iglesia anglicana, que ordena mujeres sacerdotes y obispos, las demás religiones tradicionales del mundo mantienen a la mujer al margen de todos los oficios importantes y de las jerarquías.

En las antiguas sociedades patriarcales, los roles de la pareja estaban muy definidos: la mujer administraba el ámbito doméstico y su misión de fondo se reservaba a la crianza de hijos e hijas. El padre detentaba todo el poder y la autoridad en la familia y su misión consistía en obtener los recursos necesarios para su mantenimiento y supervivencia.

En las últimas décadas ese viejo esquema perdió vigencia. El encuentro afectivo de una pareja y su decisión de vivir juntos signan el encuentro de dos historias, porque cada cual cuenta como punto de partida y como cantera de aportes a su nueva relación con sus capacidades y

experiencias. Pero la creciente urbanización de nuestros países y la vertiginosa transformación de sus economías han determinado también el ingreso masivo de la mujer en el campo laboral, con lo cual las parejas contemporáneas enfrentan la necesidad de compartir y distribuir áreas de trabajo, tanto externamente, porque padre y madre deben trabajar para ganarse el sustento, como en la esfera familiar, porque uno y otra deben dedicarse al cuidado de hijos e hijas y al trabajo doméstico. Esto quiere decir, según la práctica nos lo ha demostrado, que no existen trabajos específicamente masculinos ni femeninos; es decir, que hombres y mujeres estamos en capacidad de ejercer cualquier tipo de labor, bien sea material o intelectual.

Esta realidad está reformando y demoliendo progresivamente los antiguos estereotipos y su influencia sobre las relaciones entre las personas, la expresión de los sentimientos, las actividades y el trabajo, es decir, sobre la vida misma. Y este es, sin duda, un fenómeno positivo porque las responsabilidades y derechos compartidos, la flexibilidad con respecto a los estereotipos y roles del hombre y la mujer, en un contexto de interdependencia, de aprendizaje, de búsqueda de alternativas, proporcionan elementos muy valiosos para lograr una relación gratificante de pareja.

Dicho en otras palabras, un requisito para construir relaciones más gratificantes es acabar con los estereotipos, puesto que lo que debe primar es la relación interna, el ritmo de cada pareja y sus propias necesidades. La pareja es un grupo social en proceso de crecimiento, de transformación, que sólo se estabiliza en la medida que satisfaga las necesidades de sus integrantes. Vivir en función de los roles y expectativas socioculturales y familiares se opone al logro de las aspiraciones de una pareja, cuyos miembros se comprometen en el proceso de ser totalmente lo que cada cual es, e intentan construir su futuro desde sus condiciones propias y únicas. «Una pareja viviente se compone de dos personas, cada una de las cuales respeta, detecta y desarrolla su ser». (C. Rogers)

Crecer y realizarse juntos es, pues, un trascendental elemento para el encuentro de la pareja: cuando sólo una persona se promueve y la otra se deja envolver en patrones estereotipados, se establecen distancias irreconciliables.

Todos y todas nacemos con diferente potencial físico, intelectual y emocional, pero esas diferencias no se distribuyen por sexos. Las potencialidades que llegan a hacerse evidentes dependen del medio sociofamiliar, cultural y afectivo en el que se nos educa. De todas maneras, los factores sociales en nuestro medio difieren generalmente con base en el sexo. Recordemos lo ya dicho, en el sentido de que la diferencia biológica o sexual que determina la calidad de hombre o mujer, varón o hembra, fue tomada por las culturas primitivas para definir a partir de lo biológico los roles o papeles socioculturales para los dos sexos, con la evidente discriminación de la mujer, que se vio obligada a desempeñar una posición subalterna frente al poder masculino.

Para eliminar los estereotipos que han creado tantas dificultades y discriminación, necesitamos influir desde muy temprano en el aprendizaje que los niños y las niñas están haciendo de ellos en la familia, en la escuela y a través de los medios de comunicación, y necesitamos cambiar el contenido de nuestra socialización y de los roles sexuales. Como educadoras y educadores en el área de la sexualidad, debemos facilitar el análisis acerca de los beneficios y desventajas que conlleva el hecho de estereotipar el rol sexual y de las influencias que al respecto ejerce la

sociedad. Mientras se consolida el formidable proceso de cambio que impulsan las nuevas realidades, y como aporte fundamental a su avance, hay que inducir a las nuevas generaciones a reconocer lo que sirve y lo que no sirve para expresar lo que somos como personas y lo que podemos llegar a ser en la relación afectiva de una pareja y como miembros activos/as de una sociedad.

Muchos sectores de nuestra sociedad siguen siendo «machistas» porque en ellos predomina el valor que se da a los hombres y se discrimina a las mujeres. Al ser conscientes de la discriminación, muchas de ellas se convierten en víctimas, adoptan actitudes pasivas y rechazan toda responsabilidad y compromiso, porque al sentirse sin valor prefieren no esforzarse. Ese es el «victimismo». Machismo y victimismo son muy perjudiciales para la pareja, la familia y la sociedad pues originan graves desequilibrios en las funciones que deben desempeñar hombres y mujeres. Nadie aspira a que las personas de uno u otro sexo realicen labores iguales. El objetivo de fondo es dar un valor adecuado a la calidad de su trabajo y sentar bases firmes para que la complementariedad y la colaboración sean fundamentos de la pareja y la familia.

LAS FAMILIAS SON DIFERENTES Y ÚNICAS

Al hablar de familia, es preciso, antes que nada, renunciar a la idea de tipificar a la «familia colombiana». Es verdad que toda familia recibe influencia de parámetros, ideologías y pautas de conducta socioculturales comunes, de acuerdo con las diversas regiones en nuestro país. Pero también es innegable que tiene particularidades que la hacen única, es decir, dotada con su propia identidad. Esto implica que no hay un prototipo de familia, sino que por circunstancias que les son propias las familias están conformadas de múltiples formas.

La vida familiar ha sufrido importantes transformaciones en los últimos tiempos. De todas maneras hay que considerar que la familia es, ante todo, un sistema de relaciones que ejerce un papel fundamental en nuestra formación. No importa cuál es la conformación de nuestra familia; lo esencial es que nos reconozcamos como integrantes de ella y fortalezcamos la fuerza interior y la dinámica que la consolida.

Cada familia es única y diferente en su estructura, su conformación, su dinámica, sus normas, su modo particular de formar a sus miembros, etc. Cada uno/a de sus integrantes -- abuelas y abuelos, madres y padres, hermanos y hermanas, hijos e hijas, nietas y nietos, primas y primos, etc. -- desarrollamos grados de intimidad y comunicación que nos brindan gran parte del apoyo afectivo que requerimos.

Como producto social y creación humana, la familia ha variado a través de la historia. Recordemos la manera en que se asociaban los seres humanos en las comunidades primitivas, a las que los antropólogos han llamado «matrimonio por grupos». En las sociedades originales, hombres y mujeres compartían indiscriminadamente su sexualidad y la prole era de todos/as sus integrantes, quienes tenían a cargo su cuidado; allí no podían existir los celos ni el sentimiento de paternidad, puesto que la línea materna era la que definía la procedencia de los hijos y las hijas. La evolución de la especie humana produjo otras familias, la «analúa» y la «sindiásmica»,

en las que se excluyó la promiscuidad sexual entre hermanos/as y padres, apareciendo el tabú del incesto. Al final del neolítico surgió la familia patriarcal y al comienzo de nuestra civilización, es decir, hace aproximadamente 3,000 años, la familia monogámica que, con ciertas variantes, persiste en nuestros días.

Este modelo fue bendecido por la religión cristiana y adoptado universalmente en Occidente, desde la caída del Imperio Romano. Por tal razón, al convertirse en paradigma, es el ideal de todas las personas, hombres y mujeres que sólo entienden este espacio como escenario privilegiado de su relación amorosa. Sin embargo, una serie de sucesos políticos, sociales y económicos ha hecho que en los últimos años en nuestro país surjan diferentes modelos de familia que se separan sustancialmente del paradigma mencionado pero que en la realidad constituyen relaciones respetables y válidas como grupo familiar. Sabemos que en Colombia cerca de un 20% de familias están hoy encabezadas por mujeres solas.

Esta realidad, que se aparta del ideal tradicional, debe conducir a que padres y madres, maestras y maestros, enseñemos a nuestros hijos, hijas, alumnas y alumnos que cualquier tipo de familia, rural o urbana, es tan respetable como la propia.

Identificar la propia familia es básico para el reconocimiento personal y social. Ese reconocimiento y la conciencia de pertenencia son los puntos de partida para conocer e interpretar nuestra realidad, para aceptarla o no y de acuerdo con ello impulsar, a lo largo del proceso evolutivo, nuestras metas y propósitos de vida.

Las concepciones tradicionales acerca de la mujer y el hombre, lo mismo que sobre sus roles o formas de comportamiento, también ejercen una influencia importante en las relaciones familiares. En cada momento -- a veces sin mucha conciencia -- la familia marca distintas pautas para sus hijos e hijas, las cuales se asumen en forma cotidiana y aun mecánica.

Cuando habla de interacciones familiares, Carrizo dice que cada familia establece criterios -- aun sin que medie comunicación verbal -- que sus miembros interiorizan de modo que cada uno/a sabe el papel que le corresponde a él o ella y a los/as demás. Por ejemplo, sabrá cosas como:

- El padre tiene la última palabra.
- Los hijos varones y el padre tienen derecho a llegar tarde y salir con los amigos, mas no así la madre o las hijas.
- La madre es la encargada de hacer la comida.
- La hermana mayor debe cuidar del hermano menor.
- Los hombres no expresan sus sentimientos.
- Los oficios domésticos deben ser compartidos.
- No debe hablarse de sexualidad en la casa.
- Las mujeres dependen de los hombres, a quienes tienen que atender.
- Hombres y mujeres somos iguales.
- Las mujeres deben dejar que los demás decidan.
- Los hombres tienen que correr riesgos y aceptar retos.
- Tenemos los mismos derechos como personas.
- Niños y niñas deben respetar a los mayores.

- Todos los sentimientos son válidos independientemente de que se sea hombre o mujer.
- Los hombres sólo trabajan afuera de la casa y no en asuntos caseros.

Estos son valores que difieren mucho en cada familia, como consecuencia lógica de su carácter particular. Muchos no son válidos para nosotros/as, mientras que otras familias pueden asumirlos en forma rígida y cerrada al cambio.

Hay que promover el cuestionamiento de los valores que priman en la familia, desde una perspectiva de desarrollo personal y social. En concreto, debemos preguntarnos: ¿cuáles de ellos posibilitan el desarrollo de personas autónomas, libres y auténticas?

La familia es el escenario desde el cual se nos transmiten valores fundamentales; allí se aprende a colaborar, a compartir, a dar y recibir; se aprenden hábitos, rutinas, responsabilidades o también aparecen la competencia, la rivalidad y la envidia. En esa dinámica, la familia puede interferir o estancar el proceso de separación y diferenciación de sus miembros como seres individuales.

Los distintos valores tienen grados de importancia para cada familia, y cada uno y cada una, como integrantes de ella, vamos construyendo nuestras propias jerarquías. Algunas veces primará un valor sobre el otro o abandonaremos uno para acoger otro, dependiendo de las múltiples experiencias y del significado que tengan de modo particular. Así, cada quien se diferencia en su modo de pensar aunque pertenezca a la misma familia.

Esto abarca múltiples hechos de la vida personal y se va constituyendo en la fuente de referencia para nuestra conducta. Particularmente en relación con la sexualidad, como hombre y mujer aprendimos en la intimidad de nuestras familias valores y actitudes acerca de la forma de expresar el afecto, los deseos y las inquietudes sexo-afectivas y sexo-genitales; por eso se afirma que la familia es la primera fuente en que aprendemos acerca de la sexualidad y de los roles sexuales. Allí se legitiman formas estereotipadas de ser y de expresar nuestra sexualidad.

Por ello, la manifestación de la sexualidad en cada contexto familiar es totalmente diferente y sustenta características únicas, pues la familia no sólo transmite valores y pautas sociales, sino que establece nuevas formas y criterios de acuerdo con su mentalidad. Esto revela su fuerza creadora para reformular y crear valores de cambio social, sexual y de bienestar personal.

En ocasiones, las presiones que la familia ejerce nos llevan a aceptar algo como nuestro o a escoger un valor porque la autoridad así lo exige, o por amenaza, culpa o castigo. Recordemos que estas presiones hacen que las personas se sientan confundidas, asustadas o que tengan sentimientos negativos hacia sí mismas y poca claridad y reconocimiento de lo que quieren.

En general, los niños y las niñas aceptan sin protesta los valores, actitudes y conductas que reciben en su casa, y a medida que crecen continúan afianzándose en algunos/as de ellos/as y revisan otros hasta elegir los propios. Igualmente asimilan aquellos que les satisfacen de los amigos, las amigas y la sociedad. Es un proceso que enriquece su identidad y fortalece su reconocimiento personal, en la medida en que la familia respete sus opciones para elegir, cuestionar y asumir criterios.

Favorecer el cuestionamiento personal y nuestra forma de pensar y ser, permite que actuemos más en función de nuestro estilo de vida que de las fantasías acerca de cómo queremos que otras personas nos vean.

Por eso necesitamos examinar nuestros valores, actitudes y conductas a muy temprana edad: ¿Qué valores tengo que me diferencian de mis hermanos o hermanas, de mi padre o mi madre, y de otros miembros de mi familia? ¿Qué me ha hecho sentir que este valor es importante para mí? ¿Qué pienso de la gente que tiene otros valores? ¿Estoy eligiendo libremente? ¿Permito que otras personas elijan?

En otras palabras, debemos considerar nuestros valores y conductas en los términos cotidianos de lo que sentimos, pensamos y hacemos, para tener una idea clara de quiénes y cómo somos. Sólo así podremos saber qué deseamos fortalecer y cambiar. El paso siguiente es ponerlo en práctica, revisando nuestra motivación personal, ganancias y pérdidas, dudas, etc.

Hoy existen muchos programas para educar a padres y madres enfatizando el mejoramiento de la comunicación y el desarrollo de mejores formas para desarrollar comportamientos positivos. Las personas que trabajan en programas de educación sexual necesitan concientizarse de la relación que existe entre los valores familiares y las características personales para involucrar cada vez más a la familia en estas acciones educativas. Recordemos que los niños y las niñas se socializan no sólo identificándose e imitando, sino recibiendo apoyo ante los comportamientos sociales deseables. Como personas adultas conscientes de las influencias sociofamiliares en la formación de cada cual, no podemos quedarnos esperando que los niños y las niñas crezcan y se desarrollen para promover su cambio: debemos ser activas y potencializar nuestra capacidad para suscitarlo desde ahora.

ACONTECIMIENTOS IMPORTANTES EN LA FAMILIA

Todos los seres humanos debemos enfrentar en algún momento hechos decisivos e importantes, como el inicio de la escuela, un cambio de casa, de ciudad o de escuela, el nacimiento de un/a hermano/a o un/a hijo/a, la muerte de un ser querido, enamorarse de alguien, la separación de los padres, pelearse con un amigo o una amiga, etc.

Estos acontecimientos importantes no ocurren en espacios ni tiempos fijos; es posible que así como constituyen experiencias gratas para unas personas, para otras no lo sean. De todas maneras, hay que reconocer que tienen la capacidad de suscitar en nosotros/as variados e importantes sentimientos y que implican un necesario ajuste a la nueva situación. La respuesta a estos eventos es particular en cada persona, lo cual nos reafirma la individualidad y diferencia de cada miembro de la familia.

Aun cuando deseemos que algunos de estos hechos ocurran, es natural que nos inquieten o sorprendan, como si nunca tuviéramos suficiente preparación para asumirlos, ya que precisamente exigen adaptación y cambio. La experiencia facilita la comprensión más directa y

rápida de estas y otras novedades. Sin embargo, hay que destacar que, al mismo tiempo, crea en las personas adultas el peligro de menospreciar o subvalorar lo que experimentan los y las menores. Nunca es justo ni conveniente minimizar la importancia de esa experiencia en nuestros hijos, hijas o estudiantes viéndolo a través de nuestra propia mentalidad, ya que puede considerarse el motivo de su inquietud o de sus crisis como algo menor. Ante los hechos fundamentales, tanto ellos y ellas como todos los seres humanos exigimos que no se ignore nuestra situación; que se nos ofrezca la posibilidad de hablar del hecho en forma directa y concreta, tal como lo sentimos y en el momento que lo requerimos y que se nos brinde respeto y apoyo. Actitudes como éstas contribuyen a aliviar la ansiedad si el asunto es crítico, y son un medio correcto para buscar alternativas y tomar decisiones.

Todo lo que implique un cambio -- deseado o no -- tiene un significado afectivo importante y puede llegar a perturbarnos. Un buen ejercicio para corroborarlo consiste en recordar un acontecimiento «bien recibido» y otro «no deseado» que nos haya ocurrido. Los acontecimientos decisivos son llamados por algunos teóricos «etapas de transición» (The Open University, 1984). Siguiendo algunas reflexiones acerca de ellos, encontramos que una transición es:

- el momento en que se está haciendo un cambio de vida, un paso entre un período y otro; una nueva forma de vida;
- el momento de terminar o cambiar relaciones con personas o grupos de personas que han sido importantes para nosotros/as;
- el momento de tomar decisiones acerca de nuestras vidas;
- el momento de experimentar cosas nuevas;
- el momento de asumirnos como seres independientes; y
- el momento de afrontar una realidad.

En el proceso de adaptación a estos cambios, experimentamos reacciones que van desde la negación del hecho, la molestia por lo que nos ocurre, depresión, incertidumbre, búsqueda de explicaciones y de responsables, hasta la aceptación final como parte de la vida. Estos procesos de adaptación son como un continuo carrusel de emociones diversas que nos confunden y nos ofrecen múltiples alternativas.

En tales momentos es vital el apoyo de la familia y de las personas más significativas, pues cuando nos encontramos con acontecimientos difíciles, en muchos momentos no sabemos cómo interpretar lo que nos ocurre. Es posible que el padre y la madre estén pasando también por momentos de transición y esto vuelve compleja la vida familiar. Hablar abiertamente, compartir experiencias similares, aceptar los sentimientos tal y como surgen, analizar beneficios y desventajas de lo que ocurre y, sobre todo, darse apoyo para encontrar alternativas, son formas de mejorar la vida en familia. Si la situación amerita ayuda profesional y podemos acceder a ella, no debemos dudar en buscarla; a veces los amigos, las amigas y la familia no son suficientes.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que las niñas y los niños pequeños son tan vulnerables como cualquier persona a la tensión que producen los cambios y las crisis familiares. Muchas personas adultas creen que si tratan de ocultárselos, los niños y las niñas no serán conscientes de los problemas. En realidad, su enorme sensibilidad les vuelve especialistas en captar climas emocionales fácilmente. Como dice Furman, «Los/as niños/as son tan observadores/as y sensibles a los cambios de humor de los padres y los matices de sus comportamientos, que nuestra experiencia nos dice que es imposible ocultarles la verdad de los hechos». Ocultar o crear misterio alrededor de las crisis familiares o de pareja a los/as pequeños, sólo conduce a miedo, angustia y confusión.

En su libro *Passages*, Sheehy plantea que la crisis es parte de la experiencia humana e incluso sostiene que es requisito para el logro de la identidad y de un verdadero punto de vista personal. Debemos aceptar que las crisis pueden ser fuente de crecimiento no sólo para la persona sino para la familia. Padres y madres pueden necesitar apoyo para incluir y no excluir a sus hijos e hijas cuando se presenta una situación crítica.

El hecho de reconocer que todos los miembros de la familia -- simultáneamente o no -- podemos afrontar acontecimientos importantes facilita la comprensión de los sentimientos y aminora la necesidad de apoyo.

También es posible que un acontecimiento importante tenga significado diferente para cada miembro de la familia y que esto llegue a enfrentar o crear situaciones adicionales de tensión. Cuando hay condiciones para compartir lo que cada uno/a siente, en términos de lo bueno o lo malo que eso significa para cada persona, con una actitud permanente de aceptación, existe otra alternativa para fortalecer la familia, los vínculos afectivos y el respeto por la individualidad.

En relación con la sexualidad de hombres y mujeres, es importante saber que en el proceso del desarrollo psicosexual suceden eventos importantes y susceptibles de despertar en cada cual respuestas especiales y que esto depende no sólo de nuestra estructura psicosomática sino del entorno sociofamiliar en el que nos formamos. Por ejemplo, durante la infancia, presenciar la escena primaria (relaciones sexuales de los padres o de personas adultas significativas), fantasías o realidades en cuanto a abuso sexual en la infancia, juegos sexuales con compañeritos/as de la misma edad; en la adolescencia la aparición de la menarquia (primera menstruación) o de la torarquía (primera eyaculación), las primeras relaciones amorosas cargadas de erotismo, el primer beso, las primeras caricias, la iniciación de la masturbación y la primera relación sexual.

LAS COSAS MÍAS, LAS DE OTRAS PERSONAS Y LAS DE TODOS

La familia es el primer y principal lugar donde aprendemos a valorar y a respetar a los/as demás como personas, con sus particulares condiciones, características, ideas, religión y creencias. Además, con ella aprendemos el valor de nuestra individualidad, del respeto y la aceptación propios. Es igualmente el sitio para realizar el entrenamiento de la conducta social, proceso que

se inicia cuando desarrollamos actitudes como compartir el cuidado por las pertenencias individuales, a la vez que la responsabilidad por las cosas comunes.

Por desgracia, es común en muchas de nuestras familias, talvez por la influencia de los medios de comunicación que endiosan la sociedad de consumo, que prime el cuidado y la valoración de los objetos sobre los de los miembros de la familia. No es extraño saber que en ocasiones se sanciona a los niños y las niñas que, naturalmente y por su edad, han roto alguno de los objetos del menaje familiar, o del padre que prefiere invertir fuertes sumas de dinero en su vehículo o en su «hobby» en vez de destinarlas a enriquecer física o espiritualmente a su familia. Cuánta responsabilidad tenemos los padres y las madres, las maestras y los maestros para recoger los viejos valores y transmitirlos a nuestros hijos, hijas, alumnas y alumnos, en el sentido de que valemos más por lo que somos que por lo que tenemos.

A través del juego ensayamos muchas conductas sociales; por ejemplo, hacia los cuatro o cinco años, los niños no comparten con facilidad juegos ni actividades con las niñas. Hay que recordar que para una niña o un niño pequeño, compartir puede significar exigencias y demandas inmediatas; cuando requiere algo como atención, ayuda o un objeto, su necesidad es inmediata, intensa, no da espera. Tanto la relación con personas del otro sexo como el control para esperar a que sean atendidas sus demandas, requieren un proceso de enseñanza firme que permita controlar sus sentimientos y tener en cuenta los intereses, derechos y sentimientos de las demás personas. Con la edad se perfecciona este aprendizaje y la capacidad misma de compartir. Las reacciones de las personas adultas, y sobre todo cuando se exponen razones ante los hechos concretos y se les enseña a ponerse en el lugar del otro o la otra, permiten muy eficazmente que los niños y las niñas desarrollen su criterio.

El aprendizaje del autocontrol y la conducta social suele estar acompañado de mucha tensión y es normal que se presenten ante él comportamientos adaptativos o se incrementen conductas caprichosas que los niños y las niñas asumen para satisfacer sus necesidades a toda costa. Pero, a medida que maduran e interactúan más con otros niños, niñas y personas adultas, tienden a concentrarse menos en sí mismos o en sí mismas; apoyándose en un adecuado entrenamiento llegarán a verse como iguales a los demás y a concientizarse de la relación con otras personas.

Este hecho enriquece el desarrollo de sus propios puntos de vista respecto de lo que está bien o mal. En otras palabras, es uno de los soportes básicos de su desarrollo moral. Pero recordemos que el desarrollo moral no sólo depende de condiciones cognitivas: también de las sociales, que resultan de la interacción con las demás personas y de la toma de decisiones sobre lo que es correcto o no en la vivencia interpersonal. Esto equivale a decir que el desarrollo cognitivo es sólo un punto de partida, porque son los factores de interacción -- como la experiencia, la comunicación, el diálogo, el estímulo social para adoptar papeles, la comprensión de la actitud de otras personas -- los que en definitiva posibilitan el desarrollo moral.

Mead habla de «oportunidades de adopción de roles» para referirse a esta interacción social y destaca la importancia de los aspectos cognitivo y afectivo, las relaciones interpersonales y la comprensión de los roles sociales. También hace énfasis en que esta adopción de roles se produce en todas las relaciones sociales en donde hay comunicación.

Padres y madres, educadoras y educadores, debemos siempre prestar atención para analizar las oportunidades que ofrecemos a las y los menores, para que a través de nuestras relaciones interpersonales puedan adoptar roles diversos, con autonomía e independencia. Debemos preguntarnos, en concreto, si la familia, la escuela, los grupos y la sociedad en general somos conscientes de esta necesidad. En todos los casos, los niños y las niñas tienen participación directa en la toma de decisiones dentro del grupo sociofamiliar, especialmente en aquellas que involucran sus pertenencias, su tiempo, sus emociones.

Lo que debemos precisar es cómo orientar esa dinámica para ayudar a los niños y las niñas a entender los sentimientos de las demás personas y cómo ayudarles y enseñarles a compartir.

Nuestra cultura es particularmente competitiva y tiende a convertir en paradigmas el afán de ganar, de ser el mejor, de tener más. Es decir, tiende a establecer rivalidad. Sabemos que competir puede estimular conductas socialmente deseables pero también crear enfrentamientos, y en esa medida niega oportunidades de cooperación o la grata posibilidad del logro compartido.

Cuando las necesidades personales pueden satisfacerse en condiciones de cooperación, se facilita la comprensión gradual de los derechos propios y los de las demás personas. Esto incluye respeto, consideración, valoración, acuerdos, confrontación y aceptación de lo que puede llegar a ser exclusivamente privado, íntimo. Con base en ello, cada cual alcanza la seguridad personal que resulta de la valoración de lo propio y del respeto por su intimidad en la interacción social. Generalizar este tipo de actitudes y de conducta resulta fundamental para la comunidad porque determina y hace posible el impulso de la solidaridad, el compañerismo y el compromiso social. En la medida en que nos ocupemos con interés y fortaleza de educar personas solidarias, consideradas y respetuosas de los derechos ajenos, estaremos formando personas más humanas, más pacíficas y amorosas y estaremos contribuyendo en forma directa y concreta a que nuestra comunidad y nuestro país tengan una mejor calidad de vida.

Discutir, analizar, comunicar las diversas opiniones y tomar decisiones en grupo, son actividades esenciales para desarrollar valores morales y sociales y particularmente el respeto por las cosas propias, las de otras personas y las de todas las personas. Así como hemos hablado de unos derechos, tenemos que hablar de los deberes que deben inculcarse desde la más tierna infancia a nuestros hijos, hijas, alumnas y alumnos, teniendo en cuenta el proceso del desarrollo psicológico de los niños y las niñas.

De la misma manera que las y los infantes se educan para tener sus espacios y objetos propios, deben aprender que su madre, su padre y sus hermanos y hermanas mayores también tienen derecho a ello. Si bien es cierto que la niña o el niño pequeño mantiene una relación oceánica con el entorno y que su personalidad se caracteriza por el narcisismo y el egocentrismo, poco a poco entenderá que todo lo que desea no le pertenece y que no puede apropiarse de los objetos sin la voluntad de su dueño o dueña.

APRENDER A RESPETARNOS. LA AMISTAD.

Una pareja con su hijo de cinco años visita a otra que tiene una hija de la misma edad. Mientras las personas adultas conversan, el niño dice que va a subir al cuarto de la niña. La madre y el padre de ella lo ven natural y no le otorgan importancia; por su parte, el padre del niño comenta sonriendo: «Dentro de poco, tendremos que pensarlo dos veces antes de autorizarlo a hacer eso».

Esta anécdota, que corresponde a una situación de frecuente ocurrencia en cualquier ambiente, es contada por Sandra Bem; muestra las expectativas que las personas adultas vamos creándonos con respecto a la relación hombre-mujer. Niños y niñas pueden tener amigos y amigas, pero a medida que crecen empezamos a temer que dichas relaciones puedan llevarles a vivir situaciones sexuales o románticas.

La amistad representa, ante todo, interacción social y comprende grados que van desde reír, hablar, mirar y tocar hasta los de mayor intimidad. Para algunas personas, la amistad es confianza e intimidad; para otras es compañía.

¿Es diferente el significado de la amistad para un hombre y para una mujer? La literatura disponible sobre el tema parece sugerir que hombres y mujeres, por lo general, orientan en forma diferente su amistad. Las «galladas» o «barras» de amigos hacen que sus miembros varones se involucren con mayor número de personas y con menos profundidad e intimidad que las chicas, quienes se comprometen más en relaciones de exploración personal. Obviamente, es algo que no se puede generalizar a todos los hombres y todas las mujeres; pero, sin duda, es una tendencia. Además de esto, las amistades de unos y otras se fundamentan en factores de sexo, raza, edad, escolaridad y determinadas afinidades deportivas, culturales e incluso en el deseo de compartir conductas socialmente ilícitas.

Tradicionalmente, para hombres y mujeres los amigos y las amigas son una importante fuente de apoyo emocional en las crisis personales.

El hombre suele encontrar apoyo decisivo en las «barras de amigos»; tiende más a compartir actividades que sentimientos (David & Brannon, Fartrau) y la calidad de sus relaciones es pobre en relación con las de las mujeres. Según Strommen, las amistades de las mujeres tienden a ser particularmente intensas, de gran sensibilidad, preocupación y confianza mutuas.

En esta materia influyen poderosamente los estereotipos sexuales que, como vimos, son generalizaciones rígidas acerca de las personas que están fuertemente arraigadas en la sociedad, que se aprenden de muchas formas y se refuerzan a través de los canales de socialización (familia, religión, escuela, amistades, medios, etc.). En muchas ocasiones, esos estereotipos se convierten en grandes obstáculos para conseguir intimidad emocional. Pueden hacer, por ejemplo, que el niño y la niña crezcan con la idea de que el mundo de los hombres es más amplio y complejo, mientras que el de las mujeres es reducido (hogar). Ellos tienen prerrogativas y derechos sobre los demás; ellas nacieron para obedecer y depender. Este énfasis en la independencia y la competencia, la supresión de sentimientos, el descubrimiento personal y la homofobia, es altamente nocivo.

Cuando se educa con la idea de que las acciones son más importantes que los sentimientos y que se debe competir en todo momento, ganar y ser el mejor (estudio, deporte, sexo, trabajo), se crean las bases para desarrollar relaciones íntimas muy difíciles, asediadas por la desconfianza y el recelo. De igual manera, cuando debemos inhibir nuestras expresiones afectivas o esconderlas, como es el mensaje que comúnmente reciben los hombres («los hombres no lloran» o «tómalo como un hombre»), se cierran las posibilidades de entrega a una verdadera amistad. Este miedo de expresar emociones hace que para los muchachos sea especialmente difícil tener amigos íntimos.

Por lo regular, en nuestra cultura son pocos los modelos de hombres que se expresan con afecto, a veces ni siquiera entre hermanos o padres e hijos. Esta homofobia también se refleja en las expresiones de afecto que los padres tienen para con sus hijos. Cuando llegan a determinada edad, en lugar de ser afectuosos con sus hijos, limitan su comunicación con rituales, como golpearles la espalda fuertemente al saludar, darse un rápido apretón de manos, etc. Si un niño se educa con la idea de que las expresiones afectivas entre hombres son indeseables o no ha vivido dichas expresiones emotivas, lo más seguro es que inhibirá las suyas y las de otros.

Según lo anterior, es fácil concluir que la tendencia a vincular toda expresión afectiva con el plano sexo-genital estropea gravemente la dinámica de las relaciones de amistad entre las personas. La amistad rebasa ampliamente ese plano y más bien se basa en las afinidades, el apoyo mutuo, en compartir y en el respeto por uno/a mismo/a y por las demás personas.

«Intimidad», en su sentido más profundo, define una relación afectuosa y cálida en la que cada cual puede mostrarse como es en medio de total confianza. Por consiguiente, las relaciones íntimas son muy importantes para el desarrollo personal. Una estrecha amistad con alguien del mismo sexo es tan valiosa como lo es con alguien del otro sexo. Es más, no debemos olvidar que, además del enorme enriquecimiento que resulta de la amistad entre personas de sexo diferente, a partir de la adolescencia y a lo largo de toda la vida adulta se establecen vínculos amistosos más sólidos. En esas etapas las relaciones entre personas del mismo sexo se ven afectadas más que nunca por la competencia profesional e incluso afectiva. Esto explica que muchas veces las mujeres tengan mejores amigos entre los hombres que entre las mujeres, y viceversa.

Otro aspecto fundamental que se debe destacar es que la relación entre las personas está siempre sujeta a cambios, en un contexto de interrelación personal, de crecimiento y respeto. Por ello, sólo podremos construir nuevas condiciones en nuestra forma de percibirnos como seres distintos -- con modos propios de sentir y de ser, no por el sexo sino por nuestras singularidades --, cuando nos desprendamos de los prejuicios y acondicionamientos derivados de los estereotipos sexuales y de otras fuentes de interferencia del sentido puro y transparente de la amistad. En definitiva, bastaría con aceptar con nitidez y plena convicción que estamos aquí para aprender de cada persona y para ayudarnos mutuamente.

Ya desde los clásicos griegos se daba prioridad a la amistad sobre el sentimiento amoroso entre hombres y mujeres. Aunque esta afirmación es relativa y sería tema de una vasta discusión que no es pertinente en este texto, tenemos que aceptar que dentro de los modelos culturales del amor

y la amistad, ésta posibilita una relación más libre, menos absorbente y más generosa que nos permite, en su espacio, la diferencia, la libertad, la espontaneidad y el respeto por la otra persona.

Ser amigo o ser amiga no es «ser igual a». Por el contrario, es necesario ratificar la existencia de la diferencia en la relación afectiva. El vínculo no niega el hecho de que cada cual tenga sus propias ideas, gustos, opiniones, sentimientos y emociones. Podemos tener la certeza, entonces, de que es esta diferencia la que enriquece el intercambio y lo convierte en fuente de bienestar para cada persona.